

LA MASACRE COMO FORMA DE VIOLENCIA PARA ENGENDRAR EL TERROR EN COLOMBIA

Angélica María Valencia Murillo

angel.val7@hotmail.com

Secretaría de Educación del Distrito

Bogotá- Colombia

Resumen

Esta ponencia tiene como propósito resaltar un tema que ha sido tratado desde diversas perspectivas y que hoy adquiere un carácter pretencioso, al querer rememorar varias décadas del conflicto armado interno en Colombia y su constante repercusión en las formas de violencia utilizadas para engendrar el terror (Taussing, 2002), entre ellas, la masacre, como evento disruptivo y desolador que no sólo se ha instaurado desde y contra ciertos grupos al margen de la ley, sino que también ha comprendido en mayor medida la población civil, quien tiene que verse involucrada en medio de los actores que han generado y perpetuado dicho conflicto interno.

Posiblemente, durante años muchas de las masacres cometidas en Colombia, se le han atribuido a gamonales, terratenientes, guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes, fuerza pública, bandas delincuenciales, entre otros grupos delictivos, sin embargo, ¿a quién o quiénes favorecen estos grupos?, ¿qué hay detrás de las diferentes luchas de clases y movimientos campesinos e indígenas que viven la amenaza, exilio y hasta exterminio por parte de sus propios compatriotas? La respuesta a simple vista es muy fácil, se debe a siglos de violencia que implantaron otras culturas –extranjeros- que nos conquistaron y luego dominaron; aunque al pasar de los años y firma de actas de independencia, nos hemos sumergido en otro tipo de “dominación” a la que no le importa la humanización del ser humano, sino la productividad de dicho ser humano en término de cifras y mercado.

Sin embargo, este tipo de actos violentos denominados “masacres”, deben referenciarse a partir de un contexto, parafraseando a Halbwachs (2004) los marcos sociales necesarios para identificar las épocas y los lugares en los que ocurren estos eventos y que han marcado la historia de una nación como Colombia; de ahí la importancia de continuar haciendo un ejercicio de memoria activo y productivo (Jelin, 2001), que contribuya a determinar los orígenes, causas y consecuencias que giran alrededor de la masacre como dispositivo de violencia.

Palabras clave: masacre, memoria, violencia y movimiento sociales.

Abstract

This article corresponds to a topic that has been treated from different perspectives and that nowadays acquires a pretentious independent, wanting to recall several decades of the internal armed independent in Colombia and its constant repercussion on the forms of violence used to generate terror (Taussing, 2002), among them, the massacre, as a disruptive and devastating event that has not only been established from and against certain groups outside the law, but has also included a greater understanding of the civilian population, who must be involved in the midst of the actors that have generated and perpetuated this internal independent.

Possibly, for years many of the massacres committed in Colombia, have been attributed to gamonales, landowners, guerrillas, paramilitaries, drug traffickers, public forces, criminal gangs, among other criminal groups, however, to whom or who favor these groups? What is behind the different struggles of peasant and indigenous independent and movements that are threatened, exiled and even exterminated by their own countrymen? The answer at first glance is very easy, it is due to centuries of violence that were implanted by other cultures- strangers-that conquered us and then dominated; although over the years and signing acts of independence, we have immersed ourselves in another type of “domination” that does not care about the humanization of the human being, but the productivity of that human being in terms of figures and market.

However, this type of violent acts, called “massacres”, must be referenced from a context, paraphrasing to Halbwachs (2004) the necessary social frameworks to identify the times and places where these events occur and which have marked the history of a nation like Colombia; hence the importance of continuing to make an active and productive memory exercise (Jelin, 2001), which helps determine the origins, causes and consequences that revolve around the massacre as a device of violence.

Keywords: massacre, memory, violence and social movement.

Progreso ¿sinónimo de desarrollo?

A lo largo de varios siglos el ser humano se ha preocupado por evolucionar y revolucionar, comprobando que la ciencia, la tecnología y el capital (Escobar, 2007), pueden ir de la mano en ese ambicioso proyecto que ha tenido varios nombres, pero que, para este caso se va a denominar “desarrollo”. Son paradójicas y hasta coincidentes las diversas concepciones que se le han atribuido a esta palabra, que durante décadas ha marcado el destino de muchos países, se le ha asociado con el progreso, el crecimiento, la mejoría económica, la capacitación, las habilidades en pro de la calidad de vida, entre otros aspectos.

Estas definiciones son concebidas desde la visión optimista del desarrollo, sin embargo, para autores como Manuel Chaparro (2015), “El desarrollo fue una idea creada por el capital vendida al gobierno más poderoso y trasferida al mundo con una hábil campaña de propaganda construida desde los medios e implantada, finalmente en nuestro sistema educativo” (p.25). En esta misma línea, Arturo Escobar en su libro *La invención del tercer mundo*, explica el “Desarrollo como la creación de un dominio del pensamiento y la acción, desarrollo como formación discursiva, dando origen a un aparato eficiente que relaciona sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder” (2007, p.30).

Desde luego, este discurso del desarrollo en nuestro país no resultó tan viable con la llegada de las multinacionales y los grandes empréstitos por parte de países como Estados Unidos. “La crisis de la deuda, la hambruna, la creciente pobreza, desnutrición y violencia son apenas los síntomas más patéticos del fracaso de 50 años de desarrollo. (Escobar, 2007p. 22), A determinados sectores de Colombia le seguía llegando un cobro económico y social demasiado alto. Mientras la clase dirigente estaba a favor de los beneficios del desarrollo, la clase obrera sufría los desmanes de los altos precios que debía pagar por su supervivencia. Si bien, los movimientos obreros eran una salida para afrontar las crisis que se vislumbraba tanto en la zona rural, como en la zona urbana, no fueron suficientes para contrarrestar las consecuencias negativas del “progreso” que los sacaría de la miseria y el abandono. La avaricia y la sed de poseer el control por parte de unos y otros –pocos- que se disputaba el poder, en medio de cruentas formas de violencia, empezaron a aquejar a la población civil.

En nombre del desarrollo se buscó fortalecer procesos de educación, salud, vivienda, transporte, entre otros; medir condiciones de vida, determinar estadísticas de riqueza, erradicar cifras de pobreza, generalizar condiciones de subsistencia y generar mecanismos de ayuda entre países, también mediante su discurso fomentó diferencias evidentes e importantes entre quienes tenían más y quienes poseían menos. El ideal de prosperidad material y progreso económico fracasó en el momento en que los sectores obreros y campesinos se vieron aquejados por la miseria, la explotación y la opresión sin nombre, extensas jornadas laborales, formas de trabajo inhumanas, apropiación de tierras mediante la violencia desmedida.

Y, en nombre del desarrollo, la violencia entre compatriotas se volvió una constante en Colombia, generando procesos de exterminación de líderes y grupos que se manifiestan en contra de las injusticias cometidas y que se tienen que acallar con “La proliferación de masacres ostentosas y llenas de advertencias, para aleccionar por igual a los adversarios y a la sociedades” (Ospina, 2013, p. 213). Por tanto, el término “Masacre” ocupa un lugar central en los actos de barbarie perpetrados por estos grupos al margen de la ley, que en muchas ocasiones en alianza con la fuerza pública han engendrado el pánico, hasta el punto de acallar y quebrantar la comunión armónica de las poblaciones.

LA MASACRE COMO DISPOSITIVO DE VIOLENCIA

La violencia como noción, concepto y acción tiene gran trascendencia para infortunio de todo un pueblo, pues en ella radican las principales formas de desangrar una nación. Domenach (1984) hace alusión a la violencia desde tres aspectos principales: “el aspecto psicológico, entendido como la explosión de fuerza que cuenta con un elemento insensato y con frecuencia mortífero; el aspecto moral, ataque a los bienes y a las libertades de otros; el aspecto político, empleo de la fuerza para conquistar el poder o dirigirlo hacia fines ilícitos” (p.34). Estos tres aspectos analizados a profundidad constituyen una fuente de evidencia en torno a la violencia como uso de la fuerza, ya sea mediante la agresión verbal, física o simbólica, en particular, el aspecto moral y político, -acudiendo a la memoria colectiva e histórica- que mediante relatos de vida y crónicas de diferentes personas y grupos, han manifestado una lucha constante por seguir siendo dueños de sus terrenos, a sabiendas que se enfrentan con la crueldad de una guerra, del conflicto que envenena un pueblo, restringe una nación y maldice una tierra.

Bajo la descripción que hacen estos autores sobre el concepto de violencia, Elsa Blair Trujillo propone un análisis de la violencia, adentrándose en el fenómeno del conflicto en Colombia y por ende en la recolección de información a través de la praxis que expone en su libro *Muertes Violentas, la teatralización del exceso*, y la relación que establece entre la violencia y el concepto de masacre, que retoma desde Sofsky

Las masacres pueden ser definidas como: una violencia colectiva contra gentes sin defensa, que no pueden ni huir ni oponer resistencia o como una acción excesiva donde la violencia disfruta de una libertad absoluta". Ensayada desde los años ochenta como modalidad de la violencia política, la masacre ha sido, por esta vía, la estrategia más utilizada por los grupos armados para atacar contra diversos grupos de población (Blair, 2004, p.40).

Otros autores como Uribe y Vásquez, centran su atención en este dispositivo de violencia a partir de la definición de masacre, como un tipo de acción social violenta para cuya descripción, explicación e imputación causal, es necesario desentrañar el fin, el sentido y el motivo. El fin se refiere a lo que se busca, el sentido a la forma como el actor o los actores lo elaboran subjetivamente, y el motivo a la conexión de sentido que para el actor o el observador, aparece como el fundamento con sentido de una conducta. Este último elemento es la clave de su imputación causal y es el campo de debate de la memoria y de su significado político. (1995, p.34)

La violencia de diferentes grupos ha atacado a civiles con el fin que en ellos se genere el temor, se alíen o estén a disposición de sus mandatos y dominios. La estrategia de estos grupos se basa en el desplazamiento mediante la dominación, las sumisión y el temor a partir de las muertes violentas (Blair, 2005) y desgarradoras que dejan marcas no sólo en el cuerpo de quien las recibe, sino también en el alma de quien elabora su duelo.

LOS MARCOS DE LAS MASACRES

Este apartado se basa en “pinceladas” –en palabras de Milton Molano (2010)- al contexto político, social y económico en el que Colombia se vio sumergida durante gran parte del siglo XX, y que contribuyó a replicar el fenómeno de la masacre como repertorio de violencia.

Los antecedentes del conflicto armado interno colombiano, se remontan a los anteriores dos siglos, tal como lo constata Álvaro Tirado Mejía, en su artículo “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”¹, en donde expone cómo se ha ido generando un círculo de poder entre las distintas élites políticas y económicas, conllevando a sumergir al país en un estado de violencia directa y sistemática –Galtung (1984)-, en donde el pueblo colombiano y en especial las poblaciones rurales han tenido que soportar las disputas por territorios, según cada gobierno que se instala en el poder, por ende, encargado de redactar leyes que protejan a determinados sectores económicos y desamparen a otros, -generalmente son las clases obreras y los campesinos quienes salen afectados por este tipo de normatividades-. Al mismo tiempo, comenta cómo se han perpetuado una serie de actos delictivos, en donde la constata horda de violencia aqueja a sus pobladores, quienes en un

¹ En: Jorge Orlando Melo, Colombia hoy, Biblioteca digital Andina.

determinado momento y espacio han tenido que tomar la decisión de estar a favor o en contra según el partido político que asuma la dirección del país, sin obtener mayores beneficios y por el contrario soportando según los contextos internacionales y a conveniencia de los gobiernos nacionales, la modernización, *-como forma de predesarrollo-* “Altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos” (Escobar, 2007, p. 20).

En esta misma línea, Juan Carlos Amador en su ponencia “De la inhumanidad de la guerra a la reconstrucción del tejido social en Colombia, memorias performativas y anamnesis”², expone que para la comisión histórica sobre el conflicto armado y sus víctimas existen múltiples causas que no sólo originaron sino han prolongado las confrontaciones. Sergio de Zubiría comenta que la genealogía de esta confrontación armada está en el fracaso o aplazamiento indefinido de reformas sociales, para Darío Fajardo las disputas por tierras y la ausencia de una reforma agraria efectiva constituyen parte de los factores que profundizan el conflicto, Francisco Gutiérrez resalta la presencia de nuevo actores armados que reclutan a personas que han sido parte de ciclos armados anteriores, Víctor Moncayo y Jairo Estrada insisten entre la asociación de conflicto armado y modelo de desarrollo capitalista.

Ambos autores coinciden en varios hechos que han marcado el conflicto interno armado, tal es el caso de la “disputa de tierra” en ciertas regiones del país, el sistema de modernización y desarrollo que se instaura con el fin de obtener los recursos naturales de dichas tierras y, la relación que establecen determinados grupos de poder político y económico –multinacionales y transnacionales- con actores armados al margen de la ley y la misma fuerza pública, quienes incurren en eventos de violencia sistemática y estructural, utilizando la masacre como arma letal de destrucción y desplazamiento contra la población civil, con el fin de garantizar el control geopolítico y económico de determinadas zonas.

Milton Molano en su artículo “La memoria de las masacres como alternativa para construir cultura política en Colombia”, hace un barrido histórico sobre tres períodos correspondientes a las masacres que marcaron un hito durante el siglo XX, la masacre de las Bananeras, la violencia bipartidista de mitad de siglo y de los años sesenta, y el terrorismo del proyecto paramilitar de los años ochenta y noventa. (2010, p.1). Al tomar como referencia a Molano, se involucran los marcos sociales –Halbwachs (2004)- en que se instaura la masacre como estética del terror (Taussing, 2002) y que referencian de manera paradigmática acciones asociadas por el

² Esta ponencia fue presentada en el marco de la VII Conferencia LATINOAMERICANA y CARIBEÑA de Ciencias Sociales – CLACSO- Transformaciones democráticas, justicia social y procesos de paz, que tuvo lugar en Medellín – Colombia, en el mes de noviembre del año 2015.

gobierno nacional y sistemas políticos - económicos externos que buscan la apropiación y explotación de los recursos de un país como Colombia.

Por consiguiente, la masacre como dicen los academicistas, tiene el mismo *leitmotiv*, es decir sigue siendo un tema recurrente en los diversos periodos históricos y de violencia en este país, tiene una serie de elementos que hace que precisamente se lea desde diferentes puntos de vista que conllevan un mensaje de pánico y desolación, de silenciamiento y olvido, de lección para no regresar al territorio que le pertenecía a un individuo o a un grupo de personas, pero también de resignación para adormecer las conciencias y aquietar las resistencias que no se conforman ante las injusticias cometidas.

HACIENDO MEMORIA

Para ilustrar los anteriores argumentos, en Colombia durante las primeras décadas del siglo XX, en pleno auge de la industrialización, se presenta la inequidad en la distribución de las tierras, hecho que comienza a ser el fundamento para que la gente “sin tierra”, reclame un salario que les contribuya a tener una vida digna. Bajo este contexto coyuntural, también hay que tener presente que hay una especie de lavado de cerebro ideológico que los partidos habían generado en la población, identificación, sentido de pertenencia a un partido, a un color, que comenzó a generar agresiones de toda índole, intolerancia que hace mella en el orden social. Así mismo, grupos de huelguista protestan por las condiciones de explotación.

Sumado a esto, en la segunda huelga en la zona bananera de Santa Marta, la protesta enfatiza en la mano de obra barata, los horarios extensos, pagos con bonos que los trabajadores solo podían cambiar por comida en tiendas de abarrotes de la propia empresa, cobrando costos elevados por la mercancía en comparación con los precios de las tiendas de pueblo, hasta que el acontecimiento violento sucede en la historia de Colombia, “La masacre de las bananeras” Jorge Enrique Elías Caro en su artículo “La masacre obrera de 1928 en la zona bananera del Magdalena-Colombia. Una historia inconclusa”, realiza un estudio de las diferentes razones por las cuales se presentó la masacre obrera que aconteció el 6 de diciembre de 1928 de la Región Bananera del Magdalena a manos del ejército colombiano.

Hace una descripción de las dinámicas del entorno mundial de la fruta, su relación con las compañías multinacionales y el régimen laboral y sindical en Colombia. De igual forma se hace un análisis del contexto y de los antecedentes del conflicto, así como también de la tergiversación de la información presentada por parte del Estado Colombiana y la United Fruit Company, hechos estos que sirvieron de base para inspirar una parte de la novela *Cien Años de Soledad* del Nobel en literatura Gabriel García Márquez. (Elías, 2011).

Molano (2010), hace alusión a la exposición que se hizo en la Universidad Nacional en el año 2008, allí se recordaban los 80 años de la masacre de las bananeras, como un acto significativo de lucha por mantener la memoria con respecto a las masacres y cómo estas han hecho parte de un proceso que se viene presentando desde hace varias décadas, además de ser determinadas por varias razones políticas, sociales y económicas:

“[...] es un retazo poco claro [la masacre] del panorama de la historia social colombiana. Se inscribe en las luchas obrero–campesinas de principios del siglo XX en Colombia y se relaciona con el fortalecimiento del capitalismo a nivel mundial bajo la figura del establecimiento de industrias internacionales [para este caso particular, la empresa norteamericana United Fruit Company] que se dedicaban a la explotación agrícola de extensas zonas en Hispanoamérica”.

Por lo que se refiere a los siguientes años, la apropiación y explotación de las tierras a manos de los diferentes actores de control político y económico se sigue generando; los gobiernos de turno siguen afrontando la ineficaz redistribución del ingreso y la mala distribución de tierras, el gobierno de “La Revolución en Marcha” se ve abocado a hacer una reforma agraria, la Ley 200 de 1936 (...) recalcando entonces la necesidad de tranquilizar a los grandes propietarios, lo cual reflejaba el ascenso del poder de los colonos en el escenario político. El equilibrio del poder se movió a favor de los propietarios. Así quedó expresado en la Ley 200 de 1936, donde se asumió un compromiso entre los intereses de los colonos y los terratenientes, a favor de éstos. Sin embargo, la Ley también favorecía a los colonos que estaban luchando desde los años veinte y principios de los treinta, al buscar cancelar los conflictos, exigiendo a los propietarios de predios invadidos antes de 1935 la exhibición de los títulos como prueba de propiedad; si no aparecían, se declaraban baldíos y los campesinos asentados podían solicitar una concesión gratuita. Los propietarios que demostraran la legitimidad de los títulos debían pagar las mejoras a los colonos antes de desalojarlos y si el propietario se negaba, los colonos adquirirían el derecho de comprar la tierra que estaban laborando. De otra parte, la Ley redujo el periodo de prescripción adquisitiva de 30 a 5 años, lo cual beneficiaba a los colonos. (Machado, 2009, p.207-208).

Sin embargo, siguen los inconformismos de los campesinos por la desigualdad que marcan este tipo de manifestaciones sociales, floreciendo el problema de tierras en manos de quien no las trabaja, extensos latifundios para el desarrollo de la ganadería que no se utilizan como tierras fértiles, o son terrenos baldíos con o sin propiedad. Algunas de las consignas eran la tierra para quien la trabaja. Empiezan a existir enfrentamientos bipartidistas por manejo de las tierras, los conservadores se identifican con los gamonales, terratenientes, puesto que, la necesidad es conservar las cosas como están, sin necesidad de ningún tipo de reforma agraria. Estas acciones generan oleadas de violencia que enfrentan en las zonas rurales a las personas con consignas de partidos políticos e ideologías sindicales, pero que deja de por medio las distintas masacres que se convirtieron

en repertorios del diario vivir. Santiago Álvarez expone en su libro *Leviatán y sus lobos* (2012), cómo las distintas familias de la zona de Cundinamarca, a la que él denomina Nόμεque, después de la reforma agraria se ven expuestas a vendetas por los dominios del territorio donde habitan.

La disputas por la tierra seguirá siendo una constante, enmascarada en una violencia bipartidista, la nación durante esta época vive los desmanes de los grupos al que el pueblo le debe una relación filial. El film “Cóndores no entierran todos los días” es un claro ejemplo de cómo esa violencia, fomentó actos de barbarie en contra de quienes según el partido político al que pertenecieran, se les asesinaba o masacraba. El hecho era despojar a las personas de sus tierras, con tal fin, había que asesinar a todos los miembros de la familia, matar la figura masculina aseguraba que no quedarían generaciones que reclamaran la tierra (Álvarez, 2012). Es así como el argumento de este film, centra sus bases en la manera como un hombre se convierte en el líder de un pueblo que favorece a los conservadores durante la época en que ellos se instauran en el poder a nivel nacional, aunque los sucesos acontecen en una región determinada, “Tuluá”, este aspecto local, será un índice de la violencia generalizada a varias regiones del país, en donde las constantes retaliaciones en contra de quienes son liberales, se enmarcan en la figura del terror y la forma en que se atenta contra sus cuerpos. Las poblaciones se ven azotadas por la masacre y el asesinato selectivo, como dispositivo de violencia que desplaza familias y acalla rebeliones.

Complementando el anterior apartado, es necesario nombrar la figura de Jorge Eliecer Gaitán quien es reconocido por la defensa que hace como abogado de los huelguistas y denuncias contra el Estado, según los hechos ocurridos en la Masacre de las Bananeras en 1928, posteriormente como alcalde Bogotá, formándose como caudillo, mediante una figura carismática que aglutina masas, enardece con su discurso, novedoso, revolucionario; ícono de ese periodo, es la esperanza para los desposeídos, para los sin tierra, para las clases menos favorecidas. Alias el Negro, como apelativo peyorativo, se impone políticamente, convirtiéndose en un peligro para las clases oligarcas, pues se veía mal que surgiera un presidente de clases populares, es así como su asesinato marca un punto nacional en cuanto a la violencia se refiere, el famoso Bogotazo toma vida y de ahí que se extienda a las regiones en nombre de la muerte de este caudillo; pero, también con intereses económicos y políticos soterrados y pensados con antelación, de tal forma que se vea la violencia bipartidista como la acción imperante y no realmente la disputa por tierras como función predominante de dichos enfrentamientos.

Todo este entono de violencia se verá “frenado” por las soluciones armadas que encuentran los gobernantes, así como los pactos y alianzas que se generan en los siguientes años, a nivel político, social y económico, también se continúan las relaciones con las diversas empresas multinacionales y trasnacionales que siguen llegando al país, bajo el perfil del modelo de desarrollo. Así mismo, aparecen en escena pública los

grupos guerrilleros y de autodefensa, cada uno con ideologías que si bien propenden por doctrinas de igualdad para el pueblo, en el caso del primer grupo, también propenden por la protección de las tierras y el pago de este servicio, en el caso las autodefensas, las cuales ya se había generado desde mucho antes, representados por el pago a unas personas para que sean la seguridad de los territorios de grandes hacendados, se sigue con este tipo de formas de protección con el fin de contrarrestar las guerrillas que van apareciendo y el bandolerismo que se da para la época.

En este contexto, aparecen otros tipos de violencias en donde se establece una pelea por el control de los cultivos y de las rutas para llevar a otras naciones la droga, como la bonanza marimbera, que genera los carteles del narcotráfico.

Con este nuevo actor en marcha, la disputa por ciertos territorios vuelve a un primer plano, ahora, la problemática central de las tierras se ve unida al cultivo ilegal de coca, el enriquecimiento ilícito y las formas de pago de los narcotraficantes, para que los terrenos que se necesitaban para dichos cultivos fueran abandonados por quienes los habitaban, declarándolos baldíos –comprándolos a precios irrisorios- o quienes se quedaran estuvieran bajo las órdenes de quienes representaban la autoridad y el poder, aquellos grupos al margen de la ley, que también mantenían confrontaciones armadas, una contienda y guerra descarnada por el control de las zonas que debían resguardar. “(...) la proliferación de masacres ostentosas y llenas de advertencias, para aleccionar por igual a los adversarios y a las sociedades” (Ospina, 2013, p. 213).

No se puede desconocer que hoy en día la masacre sigue siendo un repertorio de violencia que no ha cesado, por el contrario continúa latente en la sociedad civil. El paso de los diferentes momentos históricos que ha propagado la memoria oficial, debe conducirnos necesariamente a confrontar los acontecimientos desde la observación del contexto en el que Colombia se desenvuelve puesto que bajo.

Se abría el panorama para que el proyecto paramilitar y la masacre como parte de ese proyecto se apoderaran de unos territorios que son geopolíticamente y geoeconómicamente estratégicos para la realización de mega proyectos por parte de la inversión extranjera. Así mismo, estos grupos han sido financiados, auspiciados y apoyados por el estado y particulares, especialmente empresas trasnacionales, tal como lo afirma Dora Luci Arias, abogada de Derechos Humanos, en el documental “Los paramilitares y las multinacionales”. Con la constitución de 1991 a los territorios indígenas y territorios negros se les hace un reconocimiento constitucional, como territorios colectivos, imprescriptibles, inembargables, indivisibles, inajenables; No obstante, estas zonas están donde se registran recursos importantes como el oro, el petróleo, el carbón, la madera, las esmeraldas, las fuentes hídricas, entre otras. Es así como ese proyecto paramilitar necesita la masacre como

dispositivo de terror, para que la gente se vaya de estos territorios, buscan aleccionar, de tal manera, que los pobladores no vuelvan, generando nuevamente el asunto del territorio baldío, de esta forma, estos grupos despejan el camino para que lleguen empresas multinacionales³ posesionándose del lugar, haciendo una reorganización de las tierras, para empezar a cultivar o producir, bajo los parámetros que ellos a bien quieran hacer.

No se puede cerrar este apartado sin tener en cuenta los informes del Grupo de Memoria Histórica, que dan cuenta de las distintas Masacres que han ocurrido en Colombia en diferentes regiones y zonas del país, recurriendo a la memoria histórica de los actores del conflicto, los contextos en los cuáles se enmarcaron estas atrocidades y las consecuencias que dejó en la población civil.

Es necesario reconocer que cada una de estas masacres son posibles gracias a la *abuso y colaboración, desidia y estigmatizaciones* por parte de trabajadores del estado, centros de poder de las regiones y personas de las poblaciones, que en complicidad con la fuerza pública, haciendo evidente la expoliación de la tierra, dejando sus lealtades a quien mejor les remunerara.

La masacre como repertorio de violencia, es un acontecimiento macro que afecta a todo el país y, que necesita ser tratado y evidenciado por los actuales educandos y educadores, Sin embargo, el tema de las masacres en Colombia, como una forma de violencia, se debe convertir en tema de análisis y discusión al interior de la escuela en un momento tan propicio como éste, en donde la trascendencia de la memoria y la permanencia de la historia juegan un papel fundamental para la formación y apropiación del acuerdo de paz y las generaciones del y para el posconflicto.

Bibliografía

Ardila, B. (2005). Alfonso López Pumarejo y la Revolución en Marcha. *Revista Credencial Historia*. (Bogotá - Colombia). Edición 192. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/diciembre2005/revolucion.htm>

Blair, E. (2005). Memorias de violencia, espacio, tiempo y narración. *Controversia*, (185), 10-19. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100925102035/memoriasControversia185.pdf>

Blair, E. (2004). *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

³ Multinacionales como la Chiquita Brands, que actualmente condenada en Estados Unidos por sus nexos con el paramilitarismo. Pero no sólo se ha instalado esta empresa en nuestro país, existen otras como la Drummond, British Petroleum Company, Coca Cola y la OXXY.

- Chaparro, M.** (2015). *Claves para repensar los medios y el mundo que habitamos. La distopía del desarrollo*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Centro Nacional de Memoria Histórica.** (2013) *¡Basta Ya! Colombia; Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia
- Domenach, J.M.** (1981). La violencia. En *La violencia y sus causas*. (pp. 34) Paris:Editorial de la Unesco.
- Elías Caro, J. E.** (Enero/JUNIO de 2011). *Andes Vol 22 No. 1*. Recuperado el 09 de Octubre de 2014, de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902011000100004&script=sci_arttext
- Galtung, J.** (2004). *Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia*. *Polylog*. Recuperado de <http://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>
- Grupo de Memoria Histórica (productor) & Betancur, J. (director).** (2013). *No hubo tiempo para la tristeza*. [Documental Cinematográfico] Colombia. GMH. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=das2Pipwp2w>
- Halbwachs, M.** (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Madrid: Editorial Anthropos
- HISPANTV.** (Productor) (2013) [Documental] *Los paramilitares y las multinacionales*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xWWmTtGw0&nohtml5=False>
- Machado, A. y Vivas, J.** (2009). *Ensayos para la historia de la política de tierras en Colombia: de la colonia a la creación del Frente Nacional*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo –CID-
- Molano, M.** (2010). La memoria de las masacres como alternativa para construir cultura política en Colombia. *Tend. Retos N° 15*, 193-209
- Ospina, W.** (2013). *Pa que se acabe la vaina*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A.
- Taussing, M.** (2002). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: un estudio del terror y la curación*. Bogotá: Editorial Norma.
- Tirado, A.** Colombia: siglo y medio de bipartidismo. En: Melo, J.O. (s.f.) *Colombia hoy*. Colombia: Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Torres del Río, C.** (2015). Colombia siglo XX : desde la guerra de los mil días hasta la elección de Álvaro Uribe. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Uribe, M.** (1990). *Matar, rematar y contramatar: Las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964*. Bogotá: CINEP
- Uribe, M. y Vásquez, T.** (1995) *Enterrar y callar*. Bogotá: Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos.